



La estela del cometa

Dolors de Gual

" Yo te juro, hijo mío, por esta lumbre que nos hace ver, por ese mismo dios que entiende mi juramento, que eres hijo de ese mismo astro que ves y que anima a todo el Universo. Que yo ciegue si te miento. Que un rayo me fulmine si juro en falso. Pero si aún titubeas... ya sabes el camino de la verdad. Parte y aprende tú mismo la razón de tu origen."

OVIDIO, *Las Metamorfosis*

1

El profeta llegó al pueblo cargado con sus escasas pertenencias: una bolsa de tela blanca, sucia y desgastada, donde guardaba su túnica de recambio; una manta que le servía de abrigo en los días de helada; la Biblia y dos manzanas rojas escondidas en sus bolsillos.

Caminaba despacio. Las sandalias de cuero no podían protegerle del frío. Tenía los pies encarnados como la grana, entumecidos, por obligarles a pisar de forma repetida y tortuosa la nívea escarcha.

Era de madrugada. El pueblo todavía no había despertado, la luz del día combatía con la oscuridad de la noche por imponerse una mañana más.

Respiraba con dificultad. El aire helado le pinchaba la nariz en cada inhalación, y el vaho que exhalaba quedaba flotando delante de él como una nube, condensada y tierna, que se prepara para descargar. Le pareció que sus sentidos le habían abandonado igual que sus discípulos, de noche y a escondidas. No distinguía más que sombras en la distancia, no percibía ningún aroma. El silencio reinaba y los dedos, casi congelados de sus manos, no apreciaban ni siquiera las arrugas de su túnica.

Manchas confusas e irreconocibles le rodeaban. La niebla le empañaba los ojos. No sabía si había escogido el camino correcto o, por contra, se había equivocado.

Llegó hasta la plaza donde había una fuente. Se horrorizó al ver las dagas punzantes que el frío había construido con el agua que emanaba del surtidor.

Prácticamente a tientas, buscó un portal abierto donde cobijarse y aguardar los rayos del sol. Se acurrucó en el primero que encontró. Revolvió en el interior de su bolsa para extraer la vieja manta con la que cubrió, por entero, su cuerpo. Rápidamente, le venció el sueño.

El sereno vagaba por las calles como cada madrugada. Avanzaba resoplando, con su caminar cansino.

— Esta es la última ronda — repetía en silencio, para darse ánimos — esta es la última ronda.

Iluminaba sus pasos con el candil, que además de alumbrarle le daba calor. Pasó delante del portal de Doña Edelmira. Le extrañó vislumbrar un extraño bulto arrinconado. Pensó que debía tratarse de un perro vagabundo, un can callejero que incapaz de soportar el frío a la intemperie se había cobijado en el portal.

— Largo de aquí, chucho — gruñó, al tiempo que descargaba sobre el bulto una patada.

El profeta despertó bruscamente, destapó su cara y miró al vigilante.

— ¡Pardiez, pero si es un mendigo! — exclamó el sereno.

Adormecido, fatigado y temblando por el frío, el profeta contestó:

— No buen hombre, no soy un mendigo; soy un escogido del Señor que vengo hasta vosotros para predicar la verdad.

— Pues vete a predicar a otro lado que en esta casa vive gente decente — le ordenó el sereno sin dejar de iluminarlo con el candil.

Con no pocos esfuerzos, el profeta se levantó. El sereno le persiguió con la vista hasta que su silueta se difuminó en la lejanía.

De nuevo, se encontró vagando por las calles, sin rumbo fijo. Los vecinos del pueblo, poco a poco, empezaron a despertarse. Los más madrugadores pudieron verle, sentado en una esquina de la plaza, cubierto por la manta y tiritando de frío. Decidió aguardar hasta que el bullicio cotidiano llenara las calles.

Debía enfrentarse a un nuevo día, debía propagar las enseñanzas y la verdad, debía prevenir a las gentes del peligro que irremisiblemente se avecindaba, debía... Un día más, debía predicar.

— Venid buenas gentes, venid y escuchadme — empezó a gritar de pie —. Dios habla por mi boca para que pueda trasmitir su mensaje. Escuchadme. El fin se acerca. 1910 es el último año de la humanidad. Las estrellas predicen, y en el cielo está escrito el devenir de los hombres. Venid buenas gentes, venid y escuchadme.

Lentamente, los transeúntes fueron rodeándole. Se formó a su alrededor un corrillo de curiosos. Muchos fueron los que se predispusieron a escucharle.

— Las Sagradas escrituras son claras. Los evangelistas nos dejaron su testimonio escrito para que

pudiéramos prepararnos y encontrar el camino del bien. Dice San Marcos: "Nada hay oculto sino para ser descubierto, y no hay nada escondido, sino para que venga a la luz. Si alguno tiene oídos, que oiga". Así pues, venid, venid y escuchadme. Haced lo que se os ordena en los Evangelios, y veréis la luz.

Cuchicheos, exclamaciones, gestos de desconcierto, pero sobretodo intriga por las palabras que aquel hombre vestido con una túnica blanca propagaba, se pudieron percibir alrededor del profeta.

— Dios nos envía la señal para que podamos prepararnos. El cometa pasará dentro de poco y traerá consigo muerte, destrucción, penurias y el caos. Recordad las palabras de los maestros, recordad a San Lucas: "se levantará nación contra nación y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos lugares, hambres, pestes, espantos y grandes señales en el cielo".

El profeta alzó su brazo y se quedó inmóvil durante unos minutos.

— Yo soy la verdad, tenéis que escucharme.

De entre el público, una mujer vestida de negro con la cabeza cubierta con un pañuelo del mismo color, se atrevió a preguntarle:

— ¿Y cómo sabemos nosotros que no estás loco?

El profeta le regaló una mirada de desprecio.

— Si leyeras las escrituras, si de verdad creyeras en las palabras divinas, jamás te hubieras atrevido a formularme una pregunta semejante. Yo te contestaré, porque es deber cristiano enseñar al que no sabe. Coge tu Biblia — continuó diciéndole a la mujer — y lee a San Marcos: "Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, se oscurecerá el sol, y la luna no dará brillo, y las estrellas se caerán del cielo, y los poderes de los cielos se conmoverán". El discípulo de Cristo nos habla del cometa, es el cometa la señal que nos envía Dios para anunciarnos los desastres que van a sucederse y el cometa pasará. El Cometa Halley está a punto de pasar, y su estela será de muerte. Venid conmigo, seguidme. Yo os enseñaré el camino de la verdad, la senda de la luz. El mal no podrá destruir vuestros corazones.

El temor terminó invadiendo los ánimos de todos cuantos le escuchaban. El cometa Halley y su famosa estela devastadora preocupaban hasta a los más escépticos. El profeta continuó pregonando su particular interpretación de las escrituras, apoyando sus afirmaciones con versículos bíblicos que, de tanto repetirlos, podía recitar de memoria hasta que se sintió fatigado y

hambriento. No quiso contestar a ninguna otra pregunta, ni permitió que nadie le interpelara. Dejó caer su cuerpo sobre los adoquines y mordisqueó una de las manzanas que guardaba en el bolsillo.

La gente fue alejándose. La noticia de su venida circuló, de boca en boca, como un reguero de pólvora.

— Dice que el fin del mundo se acerca — murmuró una de las comadres.

— Cuando pase el cometa habrá muerte y destrucción — aseguró otra que también había escuchado la profecía.

Hasta el párroco de la Iglesia se enteró de las nuevas. Fueron a visitarle dos de sus más devotas parroquianas para informarle de la últimas eventualidades.

— Debéis cerrar vuestros oídos al demonio — les aconsejó el cura, después de escucharlas.

— ¿Pero, Padre, cree usted que estamos en peligro de muerte ? — preguntó la más ingenua.

— ¿Y quién no hija, y quién no? — repitió el sacerdote.

Las parroquianas, al rato, disgustadas por la indiferencia que el párroco manifestaba por el tema, decidieron continuar su plática en otro lugar.

— Con su permiso, nos vamos. Estamos tan alteradas que debemos orar en la iglesia — explicó una de las devotas.

— Sí, debemos orar para que la plegaria nos llene el espíritu de paz — añadió su compañera.

El párroco asintió con un gesto de cabeza .

— Id hijas, id, y que Dios os acompañe.

— Bendición padre — pidieron a dúo.

— Que Dios os bendiga — dijo el cura, haciendo la señal de la cruz.

Cuando las beatas se hubieron marchado, el sacerdote pudo terminar su desayuno. No le afectaba el aviso de sus dos parroquianas ni las profecías que un pobre desquiciado pudiera decir, pero presintió un aumento de trabajo en los días venideros.

— ¿Qué os ha dicho el cura ? — les preguntaron a las beatas sus convecinas.

— Que debemos resignarnos. Si el fin del mundo ha de venir, será porque Dios así nos los manda y nuestro deber es acatar los designios del Señor — mintió la más decidida.

— ¡Dios nos guarde! — exclamó la dueña de la lechería —, ¡entonces es cierto! ¡Maldito cometa!

Las beatas intercambiaron las miradas.

— Nosotras hemos ido a rezar a la iglesia. La oración es lo único que puede salvarnos. ¿No les parece? De todas formas, ahora que estoy más tranquila, volveré a la plaza, para escuchar con detenimiento las palabras del profeta. Siempre conviene estar informada — dijo una de las beatas.

La lechera y el resto de las vecinas corroboraron sus palabras y aseguraron que tan pronto terminaran con sus quehaceres, ellas también se reunirían en la plaza.

El profeta dormitaba cubierto con la manta. La gente pasaba cuidadosamente por su vera. Nadie quería turbarle, aunque todos esperaban impacientes que despertara de su letargo.

— ¿De verdad crees que puede ser cierto lo que dice?
— preguntó una de las beatas a su acompañante, mientras caminaban en dirección a la plaza.

— No sé, tal vez. Pero pase lo que pase, conviene estar preparadas — contestó su amiga.